

Iturriaga, poblano, tan apreciado por sus virtudes y saber, que habría sido nombrado Cardenal si las circunstancias lo hubieran permitido; los teológicos, y las hermosas traducciones de Homero de P. Francisco Javier de Alegre; las bellísimas poesías latinas del P. Diego de Abad; las eruditas sobre arquitectura del P. Pedro Márquez; las poéticas del P. Rafael Landivar; las elocuentes vidas en latin de los más distinguidos Jesuitas mexicanos, del P. Juan Maneiro; los Anales de la Ciudad de México, del P. Andrés Cabo; los del P. Isidoro Molina, y en fin, para no ser más difusos, la obra inmortal de la "Historia antigua de México," que dedicó á nuestra Universidad el P. Francisco Javier Clavijero, tan aplaudida en Europa, traducida en todos los idiomas cultos y de que se han hecho multitud de ediciones, y la de la Baja California, de no ménos mérito, aunque no tan conocida como la anterior. De algunos de estos grandes hombres, así como de otros varios que se distinguieron en Italia por su piedad y virtudes, se dará noticia en el capítulo siguiente.

CAPITULO IV.

Noticia de varios Jesuitas mexicanos ilustres por su piedad y letras, muertos durante el tiempo de su extincion.

Destruida la Compañía de Jesus por la Sede Apostólica, merced al influjo y prepotencia de las Cortes borbónicas, creyeron sus enemigos que con este acto, que habia sido arrancado más bien por las circunstancias que por una sentencia fallada contra ese cuerpo con todos los requisitos legales, quedaban autorizadas sin la menor réplica, todas las calumnias con que por más de dos siglos habian procurado infamarla, ya los herejes de esa época en sus libelos, ya los infieles con sus martirios, ya en fin los gobiernos perseguidores y aún algunos prelados eclesiásticos, con sus arbitrarios decretos de proscripción, sus mal forjadas memorias y sus no poco escandalosas pastorales. Así es que el nombre de Jesuita vino á convertirse entre ellos, sus adeptos, necios, ignorantes y crédulos lectores, en un título de oprobio y de deshonor; convirtiéndose la palabra de jesuitismo, en sinónima de hipocresía, mentira, rebelion y todo género de vicios y delitos odiosos. Pero la Providencia divina desde ese mismo tiempo veló por el honor y buena fama de la Orden tan inicuaamente proscrita, valiéndose de las mismas plumas de sus más ardientes adversarios, los filósofos y protestantes. Algo de esto hemos visto en nuestros capítulos anteriores, y acaso se presentará ocasion de ministrar una nueva prueba en adelante. En todos esos testimonios aparecen tres cosas muy notables y que llaman la atencion de todos los hombres que saben pensar y no prestan entera fé á cuanto es capaz de producir la envidia, el ódio, el interés y demás pasiones humanas. Estos tres puntos capitales de una apología, justa siempre y con todos los caracteres de una verdadera imparcialidad, los encontramos reunidos en un famoso artículo, escrito hace pocos años por una sociedad de más de sesenta literatos en Europa, personas todas de diversos colores políticos y religiosos. De su simple lectura, que recomendamos, resultan las siguientes consecuencias. 1ª Que el fin del Instituto de la Compañía, no fué otro que defender á la Iglesia católica contra los herejes del siglo XVI, y su objeto político proteger el órden social contra el torrente de las opiniones anárquicas, que marchan siempre de frente con las innovaciones religiosas.

2ª Que sus miembros cumplieron tan noble fin con aplauso del pueblo y aprobacion de los gobiernos por todo el tiempo de su existencia, y que su caída fué obra de la cábala de dos facciones enemigas de la Iglesia, sirviéndose al efecto, como lo consiguieron, de los medios más reprobados para arrastrar á dos soberanos, prostituidos y débiles, y á otro sumamente tenaz en sus disposiciones y en demasía confiado en su ministerio. 3ª Que los Jesuitas fueron condenados sin ser oídos y sin que se le probara á uno solo el menor delito; y “que en todo tiempo, son palabras del articulista, tuvieron el mérito de honrar su caracter religioso y moral, por una rigidez de costumbres, una templanza y un desinterés personal, que sus enemigos mismos no han podido disputarles [1].” Habiendo dado sobre todos estos puntos bastantes pruebas en nuestros capítulos anteriores, réstanos corroborar el último en el presente, con la noticia de algunos Jesuitas de la Provincia mexicana, no solo sacerdotes sino aun coadjutores legos, que edificaron á la Italia en el largo espacio de tiempo que duró su supresion, fuera ya de la vigilancia de sus superiores y libres enteramente de todo el vigor de su antigua disciplina. El orden de estas noticias será simplemente cronológico.

En 5 de Septiembre de 1774, murió en Ferrara, y fué sepultado en la Parroquia de Santa María *in Vado*, el Hermano coadjutor Miguel Sabel: nació en Puerto Real, ciudad de la diócesis de Cádiz á 8 de Enero de 1710: instruido suficientemente en los estudios preliminares de escritura, aritmética y gramática, pasó á la Nueva España á emplearse en el comercio, en el que permaneció poco tiempo, destinándose despues de escribiente en la curia eclesiástica de México, donde se hizo notable durante algunos años por sus costumbres honestas, corteses y ejemplares. En 18 de Julio de 1739 tomó la sotana de la Compañía en Tepotzotlan, distinguiéndose desde los primeros dias de su noviciado por su humildad, devocion, modestia y retiro, virtudes que conservó el restante tiempo de su vida: hechos los votos del bienio, fué destinado á la administracion de las Haciendas, empleo que por los peligros á que estaba expuesto no se fiaba en la Provincia, sino á personas de acreditada virtud. El acierto de los superiores se conoció en esta eleccion: varias fincas de campo administró nuestro Sabel, como la de S. Miguel, la de Sta. Lucía, y últimamente la perteneciente al Colegio Máximo de S. Pedro y S. Pablo, nombrada Chicomozel, en la que estuvo cerca de veinte y cinco años, con tal ejemplo de vida, eficacia en la administracion y conocimientos de agricultura, que se mandaba á esa finca con frecuencia á otros coadjutores para que allí aprendiesen lo relativo á ese empleo. Su conducta era edificantísima: seguia todas las distri-

[1] Biografía Universal, tom. 21 pág. 190.

buciones religiosas de oracion, exámenes, lectura espiritual, silencio y retiro, cuanto era posible, como si viviese en el más fervoroso Colegio: por su urbanidad, mansedumbre y prudencia era generalmente amado de todos los empleados en la Hacienda, el iris de paz en todas sus disensiones y el modelo de honradez en todos sus tratos: era el maestro, director de negocios y aun el médico de todos sus dependientes, y de un espíritu tan caritativo, como se vió en la asistencia que prestó á diversos enfermos y ancianos del Colegio Máximo cuando se le remitian para su alivio ó convalecencia, de que entre otros fueron testigos el hermano Juan Martin, muy anciano y cubierto de asquerosa lepra al que curaba con sus mismas manos, y el P. Miguel Venegas, célebre entre los mexicanos, atacado de hidropesia, á quienes sirvió de alivio y consuelo hasta su muerte. Tiempo hubo en que se le mandaron tantos enfermos y ancianos, que vulgarmente se decia, que Chicomozel era el hospital de la Provincia. Cada año pasaba al Colegio á hacer los ejercicios de San Ignacio, y en aquellos ocho dias era el ejemplo de la comunidad, de suerte, que más que administrador de Hacienda, parecia en todas sus maneras un fervoroso novicio. Desterrado con sus demás hermanos fué increíble lo que padeció en su largo viaje hasta Italia, teniendo más de cincuenta años de edad, llegando tan quebrantado y falto de fuerzas, que fué enviado á reponerse á Ferrara, en cuya ciudad permaneció, entregado á santas meditaciones y demás ejercicios, hasta un año despues de la extincion, en el que dando grandes ejemplos de paciencia en su dolorosa y larga enfermedad, falleció santamente con sentimiento de todos sus hermanos y aclamacion general de sus virtudes por todos los que lo conocian.

A este edificante Hermano siguió en Bolonia el año de 1775, otro no ménos virtuoso, y distinguido por su caridad, el hermano José Olavarrieta: nació en Zacatecas á 18 de Marzo de 1719, y entró en el noviciado á 7 de Agosto de 1736: hechos sus votos á los dos años, tuvo la desgracia de haber aflojado de las virtudes que allí habia practicado; pero habiendo permanecido en Tepotzotlan y siendo atacado de una grave enfermedad, el ejemplo de los novicios, y el temor de la muerte, que vió muy próxima, le hicieron recobrar su primitivo fervor y convertirlo en un perfecto religioso. Entregóse á los ejercicios de su humilde estado con tanta aplicacion y tomó tal empeño en vencer la vehemencia de su génio, que naturalmente lo arrastraba á la ira, que ninguno pudo ya dudar de su total conversion; pues casi llegó á ser un modelo de sumision y mansedumbre. Primero sirvió de maestro de la escuela de uno de los colegios de Puebla, y despues por muchos años de portero en la Casa Profesa; empleo sumamente trabajoso, pero que desempeñó dando ilustres ejemplos de virtud, tanto por su modestia y afabilidad en el trato, que por

razon del gran concurso á esa casa, tenia con toda clase de gentes, cuanto por su eficacia en atender á todos, al grado de que durante la epidemia de 1762 causó admiracion que pudiera resistir tan continuas é improbas tareas. Salido de México en la expulsion, fué incansable en servir á todos durante aquel largo viaje; pero especialmente se dedicó á cuidar del P. Agustin Arriola, que se hallaba ciego, y de quien, como Azarias, fué guia de su peregrinacion y perpétuo compañero en los ocho años enteros que tuvo de vida: lo que padeció así en la peregrinacion, como despues en Italia en esta caritativa ocupacion, no es fácil de referir; pero puede comprenderse por lo que en otro lugar hemos dicho, con particularidad en el viaje y detencion en la Bastía, en que además de servir de lazarillo al Venerable anciano, era su cocinero, su ayuda de cámara, enfermero y solicitador de todo lo que podia proporcionarle auxilio, consuelo y regalo al que enfermo y privado de la vista exijia los más asíduos y delicados cuidados. Llegados á Bolonia fué la edificacion de toda la ciudad al verle conducir al anciano P. Arriola por las calles públicas, á visitar á los templos al Smo. Sacramento, ó á los Jesuitas enfermos en sus casas, rezando siempre ambos el rosario, con un semblante tan humilde y alegre y tanta eficacia en cuidar al respetable ciego, que todos lo señalaban con el dedo: en lo interior de la casa era no ménos su inseparable compañero y, como en poblacion más bien provista, parecía una cariñosa madre en procurarle todo cuanto pudiera contribuir á endulzar su triste situacion. En este admirable tenor de vida prosiguió aún despues de extinguida la Compañía y en el traje secular, hasta su muerte, ocurrida á los dos años y dos meses de su nuevo estado, en que despues de una breve enfermedad y recibidos los Stos. Sacramentos entregó su alma al Señor, en una dulcísima tranquilidad el 18 de Octubre, á los cincuenta y siete de su edad.

Cuatro meses despues lo siguió el P. Agustin Arriola, á quien el Señor quiso probar con haberle quitado al virtuoso Hermano de que últimamente hemos hablado, que era por decirlo así, sus piés, sus manos y todo su consuelo. Este Padre nació el 12 de Febrero de 1708 en el pueblo de Colotlan de la diócesis de Guadalajara, en cuya ciudad estudió gramática y filosofia con opinion de aventajado estudiante y jóven circunspecto y de amabilísimo caracter: en 14 de Octubre de 1728 abrazó el Instituto de S. Ignacio, y despues de un fervoroso noviciado y haber concluido sus estudios mayores, se ordenó de sacerdote y fué mandado á administrar la Hacienda de Toluquilla, perteneciente al Colegio de la expresada Guadalajara. Poco duró en ese oficio, habiendo sido nombrado misionero de la tribu de los Yaquis en la provincia de Sinaloa, la que se componia de dos pueblos distante uno de otro más de una legua. Allí se dedicó á

aprender los difícilísimos idiomas de ese país, observando entre tanto se hacia entender, las preocupaciones, gustos y carácter de sus nuevos neófitos. Ya instruido suficientemente de todos aquellos tan interesantes pormenores, dió principio á sus tareas tanto religiosas, principal objeto de las misiones, como políticas, para inspirarles aficion á los goces que solo se disfrutaban viviendo en sociedad. Para aquellas dos poblaciones semibárbaras, á costa de grandes sacrificios, molestias y trabajos, fué cura vigilante, preceptor empeñoso, juez benigno, médico infatigable, administrador de las labores de campo y maestro de los oficios mecánicos: su virtud, amabilidad, dulzura de caracter y grande paciencia y caridad con todos, lo hicieron fácilmente el ídolo de todos los habitantes: su celo se extendia aún á otros lugares que no le estaban encomendados, y á sus afanes se debió por mucho tiempo el socorro de las necesidades de los misioneros de la Baja California y la subsistencia de la residencia de Guaymas, establecida en 1750 para asegurar los pueblos de la Sonora de las frecuentes depredaciones de los Pimas y Seris: iguales servicios prestó á las reducciones de la Pimería y Tarahumara, á las que remitía como á las otras, ganados, semillas, instrumentos de agricultura, libros, ornamentos y cuanto se le mandaba de México, con no menor eficacia que trabajo para que todo llegase á su destino; y como si tantas ocupaciones no bastasen á su genio naturalmente laborioso, sobre las muchas de su mision, estableció una escuela en cada uno de esos pueblos para enseñar á los niños la lengua castellana, el canto y la música, á las que asistían alternativamente por semanas, para que aún el corto camino del uno al otro no fatigase á sus indios, sino que se repartiese esa molestia con igualdad entre ambos. Diez y siete años permaneció en aquella vida de tantas y tan graves fatigas, al cabo de los cuales, atacado de insulto, baldado del lado izquierdo, y acortada su vista al grado que ya le era imposible distinguir los objetos, tuvo que separarse de la mision y regresar á México con grande sentimiento de sus neófitos, que bañados en lágrimas lo acompañaron gran trecho del camino hasta que se embarcó en el golfo de California. En la larga caminata de San Blas á la Capital quedó enteramente ciego, y siendo inútiles todos los remedios para curarlo, de orden de los superiores fué trasladado al Colegio del Espíritu Santo de Puebla, ordinaria residencia de los que se inutilizaban en los ministerios: en ese Colegio, aunque gozaba de amplia dispensa de todas las distribuciones de comunidad, el P. Arriola lejos de eximirse de la observancia de ellas, las seguía como el jóven más fervoroso, dedicándose al confesonario dentro y fuera de casa, ó haciéndose conducir á la tribuna de la iglesia, donde gastaba largas horas en oracion. En estas circunstancias se inti-

mó á la Provincia el decreto de extrañamiento; y aunque en atencion á su edad y ceguera se le invitó á que se quedara en Puebla, dando gracias por la oferta, la rehusó diciendo que por ningun caso abandonaria á los que una vez habia elegido por hermanos, y que le seria más grave carecer de su compañía, que los trabajos que pudiera sufrir en el destierro. Y así lo probó con las obras, pues padeciendo tantas penas cuantas deben suponerse en aquella situacion, jamás se le oyó quejarse, viéndosele siempre con los lábios llenos de risa y alabando al Señor por todas aquellas penas. Los servicios que le prestó el Hermano José Olavarieta, de que ya hemos hecho mencion, le fueron utilísimos y suavizaron en mucha parte sus padecimientos; pero privado de ellos, golpe que sufrió con la misma sumision que la abolicion de su Orden, á la que amaba tiernamente, y probado además por el Señor con una penosísima enfermedad, pasó al eterno descanso el 17 de Febrero de 1776 en la ciudad de Bolonia.

A 29 de Diciembre de 1777 falleció en la misma ciudad otro Jesuita muy ilustre por sus virtudes y su literatura, el P. José Rafael Campoy natural de la ciudad de los Alamos en el departamento de Sinaloa: fué hijo de D. Francisco Javier Campoy y de Doña Andrea Gastelúa, de acomodadas y distinguidas familias, y nació el 15 de Agosto de 1723: á los ocho años vino á México, y primero en la escuela de los betlemitas, y despues en el Colegio de S. Ildefonso estudió desde las primeras letras hasta gramática y filosofía en la que se graduó de bachiller en la Universidad: el 26 de Noviembre de 1741 y á los 18 años de su edad entró en el noviciado de Tepotzotlan, y esta mudanza de estado le fué muy útil para la práctica de las virtudes, perfeccionar sus conocimientos y abrazar más segura senda en los estudios: pues hasta entonces solamente habia sido un furioso *ergotista* como vulgarmente se dice. Durante su juniorado, que seguía inmediatamente al noviciado entre los Jesuitas, se entregó á la lectura de los clásicos latinos y griegos, ocupándose desde entonces en formar elocuentes discursos y hermosos versos en el primer idioma sobre todas las materias que estudiaba, aún las más áridas, imponiéndose al mismo tiempo de los elementos de geometría, física, geografía y otros ramos enseñados tan detenidamente por los modernos, que á su tiempo le sirvieron de mucho, cuando pudo cultivarlos con mayor detencion. Desde luego se le destinó á las cátedras: enseñó gramática latina en San Luis Potosí; y en ese Colegio dijo la famosa oracion fúnebre en las honras del Rey Felipe V, que se dió á la prensa y es un acabado modelo de elocuencia y pureza de latinidad: vuelto á México estudió teología en el Colegio Máximo, con tal dedicacion, que no conformándose con las lecciones de su maestro, se estaba en la Biblioteca registrando los

principales escritos de los teólogos de más nombradía, y alternando su lectura con los historiadores, poetas, filósofos, oradores, matemáticos y físicos modernos; formando así la base de su futura y grande literatura. Ordenado de sacerdote, siguió la carrera del profesorado en los colegios de Tepotzotlan y Veracruz, algun tiempo residió en la casa Profesa, desempeñando sus importantísimos ministerios; pero apenas pasados algunos meses, á instancias de los principales veracruzanos, regresó á aquel puerto, donde permaneció por quince años hasta la expulsion de 1767. Aquella ciudad fué el teatro de las glorias del P. Campoy, no ménos en sus trabajos sacerdotales, con que consiguió grande reforma en las costumbres, que en los literarios, en la instruccion de la juventud, y para formarse, como lo logró, un completo literato en toda clase de ciencias, especialmente las físicas, matemáticas y naturales: su saber no solo lo constituyó oráculo en toda la Nueva España, sino que le hizo adquirir un renombre europeo, como lo ha referido el erudito español Mayans, quien elogió hasta lo sumo las cartas que sobre varios asuntos científicos dirigió al célebre P. Isla, con quien contrajo una íntima amistad, que se robusteció mucho más cuando llegaron á conocerse en Italia. El estudio de tantas y tan diversas materias, de que era consultado, pues se le pedía su parecer hasta sobre puntos los más delicados y útiles de colonizacion, comercio, ereccion de pueblos, navegacion y otros, le hicieron formar el proyecto en Veracruz, que despues realizó en Italia, de levantar un plano general de todo nuestro país con los particulares de las que eran antes provincias; y su aficion á las ciencias naturales lo movió á trabajar una obra de historia natural, con el título de "Plinio Mexicano" que no fuese inferior á las de Bomare y Buffon, para la que habia reunido inmensos materiales, que desgraciadamente se perdieron como muchos otros en la expulsion, por haber sido ocupados todos los manuscritos de los colegios. Llegado á Italia, prosiguió la obra de Plinio que habia comenzado en Veracruz; y tanto en Ferrara como en Bolonia, donde principalmente residió, era generalmente conocido en las pescaderías, mercados, huertas y jardines, á todos los cuales sitios acudia casi diariamente á observar todos los objetos de la naturaleza en sus tres reinos, para tomar notas de ellos, y compararlos con los que habia observado en su patria: el que queria gozar de la presencia del P. Campoy en su casa, no tenia que hacer otra cosa, sino invitarlo á ver un objeto de historia natural: en los demás ramos de las ciencias y bellas artes era igual la aplicacion del P. Campoy: siempre se le hallaba con la pluma en la mano escribiendo versos, ó elocuentísimos discursos en latin y castellano; ó bien con el compás, y la pizarra, levantando planos ó rectificando alguna de las admirables demostra-

ciones de Euclides: los planos generales y particulares de las provincias de la Nueva España fueron terminados, así como la obra de Plinio, en Italia, como refiere el P. Maneiro, lamentándose de que se hubieran perdido, como otros muchos escritos del sapientísimo mexicano: fué, por último, uno de los cuatro de la Provincia, que defendieron la autoridad del decreto de extincion de los Jesuitas, contra los ataques de los herejes, dando una muestra de su reverencia y obsequio debido á los decretos de la Santa Sede, aún en una materia que tanto lo afectaba y le era tan sensible. Tantos trabajos, por una fatalidad inútiles á la pátria de este esclarecido Jesuita, agotaron enteramente sus fuerzas; y sin desdecirse de aquella constancia espartana y tranquila dignidad de semblante, que fué su carácter en todas las vicisitudes de su vida, recibió la sensible noticia de su próxima muerte, de los lábios de un médico imprudente: pidió con el mayor fervor los últimos Sacramentos, y fortalecido con ellos falleció con la mayor tranquilidad en la fecha expresada arriba, de poco más de cincuenta y cuatro años de edad: su cuerpo quedó sepultado en la parroquia de la Virgen, vulgarmente llamada *de la Caridad*.

En el mismo año, aunque ignoramos el mes y día, pasó á mejor vida el P. Nicolás Peza, á los sesenta y cinco de su edad; Jesuita muy distinguido por su noble cuna, su grande literatura, especialmente en las ciencias morales, sus amabilísimas virtudes, eximia piedad y admirable destreza en el gobierno de los Seminarios donde se instruía á la juventud secular. Nació en la ciudad de México antigua residencia de su familia, á 27 de Septiembre de 1712, y entró en la Compañía en 17 de Enero de 1733, á la edad de veintiun años: sus costumbres eran tan puras é irreprehensibles, que poco hubo que hacer para inspirarle el espíritu religioso, y su aplicacion á los estudios fué tal, que muy pronto estuvo en disposicion, no solo de ser elevado al sacerdocio, sino de que los superiores lo destinaran á la enseñanza de la juventud. Así es que á los cuatro años de haberse ejercitado con grande fruto en el ministerio del confesonario; primero en México, luego en Puebla y despues en Guadalajara, enseñó filosofía y teología, contando discípulos muy aprovechados y virtuosos, entre ellos los célebres PP. Manuel Guraya y Dionisio Perez, que abandonando su opulenta fortuna, abrazaron la pobreza religiosa en la Compañía y fueron el consuelo de sus indigentes hermanos en el destierro. Nombrado rector del Seminario de S. Juan de la dicha ciudad de Guadalajara, se hizo muy apreciable á todos los padres de familia por los esmerados cuidados en la educacion de sus hijos; pues á pesar de que tal era la fama de todos los superiores de los seminarios de la Provincia, parece haberlos excedido en el particular á todos los de su tiempo: los jóvenes que allí se educaron,

no solamente se hicieron notables como los Palomera y Romo por los famosos actos que por tres días sostuvieron públicamente en el Colegio con sumo aplauso de los sábios; sino lo que es más, porque las costumbres de los alumnos eran tales, que se asemejaban á las de un fervoroso noviciado, en las prácticas espirituales de oracion, lecturas piadosas, diario exámen y frecuencia de sacramentos, haciéndose voluntariamente, lo mismo que en la Semana Santa los ejercicios espirituales de San Ignacio. Ocho años enteros duró en este gobierno con aclamacion general de toda aquella grande poblacion, la que se aumentó por los servicios que prestó en 1762 á los apesados del Matlazahuatl, para cuya asistencia erigió un hospital, con auxilio del Cabildo eclesiástico y de varias personas acomodadas, en que sirvió con tan caritativo empeño, que hubo vez en que llevara sobre sus hombros á un enfermo que no tenia quien lo condujese á aquel local. De ese Colegio pasó á Puebla á enseñar teología, y despues al de Valladolid de rector, donde concluyó la casa de ejercicios, fundada por el Sr. D. Nicolás Montero, canónigo de aquella catedral; y por los afanes y sudores del P. Antonio Beloso, iba á darse la primera tanda bajo la direccion del P. Peza, cuando se le notificó el decreto de expulsion y tuvo que caminar con sus demás súbditos á Veracruz. Tanto por mar como por tierra, en aquel dilatado y penoso viaje, se distinguió el P. Nicolás por la serenidad y paciencia con que sufrió aquella calamidad: llegado á Italia fué encargado del gobierno de la casa de tercera probacion que se puso en el Castel de San Pedro, cuyo gobierno desempeñó, segun parece, hasta el año de 1770 en que fué llamado á Bolonia. Allí recibió el golpe de la extincion de la Compañía en 1773; pero aunque mudó de traje, sus costumbres siempre fueron de Jesuita; respetado siempre por sus virtudes, amado por su bellissimo génio, venerado sobre todo por su caridad con sus hermanos, sobrevivió todavía cuatro años, al cabo de los cuales, atacado de una diarrea colicuativa, dando grandes ejemplos de humildad, paciencia y conformidad con la voluntad del Señor y recibidos los Santos Sacramentos, falleció con sentimiento general de sus hermanos y fué sepultado en la parroquia de Sta. María Magdalena.

En 1779 en la ciudad de Munster en Alemania, terminó su apostólica vida el P. Benito ó Beno Ducrue: fué de nacion francés y nació el 10 de Junio de 1721: entró en la Compañía en 28 de Septiembre de 1738; pero no consta cuando pasó á la Provincia de México, aunque parece que fué bien jóven, pues cuando la expulsion de 1767 era superior de las misiones de la Baja California, lo que dá á entender que era sujeto de importancia y que llevaba algunos años de ocuparse en este santo ministerio: sus importantes trabajos en la conversion de las almas, siguiendo los ejemplos de los fa-